

ITINERARIO LITÚRGICO-ESPIRITUAL Y PASTORAL HACIA LA PASCUA EN LA PARROQUIA DE CRISTO REY DE SALAMANCA

El Papa pone la justicia como tema de reflexión para esta Cuaresma

El mensaje de Benedicto XVI fue dado a conocer hoy por la Santa Sede

CIUDAD DEL VATICANO, jueves 4 de febrero de 2010 (ZENIT.org) "La justicia de Dios se ha manifestado por la fe en Jesucristo", Romanos 3, 21 - 22, es el tema que Benedicto XVI ha querido poner como centro de reflexión de la Cuaresma de 2010.

En el siglo III Ulpiano, conocido jurista romano, definió el termino Justicia como "Dar a cada uno lo suyo". Pero "¿qué es lo suyo?" Es la pregunta que se hace el Santo Padre en la introducción de este texto.

Y señala que el hombre tiene una necesidad mas íntima para gozar de una existencia plena, aquello que sólo se puede conceder gratuitamente: "El hombre que vive del amor que sólo Dios puede comunicarle".

No obstante, el Papa aclara que los bienes materiales son "útiles y necesarios" e hizo alusión al hecho de que Jesús se preocupara por "curar a los enfermos y dar de comer a la multitud que lo seguía"

¿De dónde viene la injusticia?

Benedicto XVI advierte en su mensaje el peligro que representa el hecho de identificar la raíz de la injusticia en una causa exterior. Error que con frecuencia adoptan muchas ideologías modernas. Y asegura que esa manera de pensar es "ingenua y miope".

"La injusticia, fruto del mal", señala el Pontífice "tiene su origen en el corazón humano", y es ahí donde "se encuentra el germen de una misteriosa convivencia con el mal".

"El hombre es frágil a causa de un impulso profundo, que lo mortifica en la capacidad de entrar en comunión con el prójimo". Algo que le hace sentir "una extraña fuerza de gravedad que lo lleva a replegarse sobre sí mismo, a imponerse por encima de los demás y contra ellos". Ese algo es "el egoísmo" que nace como consecuencia de "la culpa original".

Así, el Papa hace referencia al Génesis, que claramente explica cómo Adán y Eva "sustituyeron la lógica de confiar en el Amor por la sospecha y la competición", lo que les llevo a experimentar "un sentimiento de inquietud y de incertidumbre".

Justicia plena

Benedicto XVI explica el término hebreo *sedaquad*, que significa "aceptación plena de la voluntad del Dios de Israel" y que lleva al hombre a vivir la "equidad con el prójimo".

"Dios está atento al desdichado y como respuesta pide que se le escuche". Por ello, para que el hombre sea verdaderamente justo debe "salir de esa ilusión de autosuficiencia, del profundo estado de cerrazón, que es el origen de nuestra injusticia".

El Pontífice muestra que en Cristo, la justicia de Dios alcanza su plenitud. Una justicia que "viene de la gracia, donde no es el hombre que repara, se cura a sí mismo y a los demás" sino una justicia donde el amor de Dios se abre "hasta el extremo".

Sin embargo, se pregunta el Papa: "¿qué justicia existe donde el justo muere en lugar del culpable y el culpable recibe en cambio la bendición que corresponde al justo?" y responde que en este punto es donde se manifiesta la "justicia divina" muy diferente a la "justicia humana" ya que las injusticias humanas fueron pagadas con un precio "verdaderamente exorbitante": se trata de "la justicia de la cruz".

"El hombre puede rebelarse frente a esta injusticia", advierte el Papa, pero quien acoge este don, logra más bien "salir de la ilusión de autosuficiencia para descubrir y aceptar la propia indigencia, indigencia de los demás y de Dios, exigencia de su perdón y amistad".

Para que esto ocurra, es indispensable "aceptar tener necesidad de Otro que me libere de lo "mío", para darme gratuitamente a lo "suyo". Y mediante los sacramentos se puede alcanzar esta justicia, especialmente con "la Penitencia y la Eucaristía".

Benedicto XVI concluye su mensaje invitando al hombre a acoger una justicia "más grande". Se trata de la justicia del Amor que hace que el hombre se sienta "más deudor que acreedor, porque ha recibido más de lo que podía esperar" y muestra cómo esto lo lleva ser justo en todos sus actos "donde todos reciban lo necesario para vivir según su propia dignidad de hombres" y donde la justicia "sea vivificada por el amor".

Por Carmen Elena Villa

Mensaje del Papa para la Cuaresma de 2010

La justicia divina, salvación para el hombre

CIUDAD DEL VATICANO, jueves 4 de febrero de 2010 (ZENIT.org).- Ofrecemos a continuación el Mensaje del Papa para la Cuaresma de este año, con el título "*La justicia de Dios se ha manifestado por medio de la fe en Cristo*" (Rm 3, 21-22), que ha sido dado a conocer hoy en rueda de prensa.

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, con ocasión de la Cuaresma, la Iglesia nos invita a una sincera revisión de nuestra vida a la luz de las enseñanzas evangélicas. Este año quiero proponeros algunas reflexiones sobre el vasto tema de la justicia, partiendo de la afirmación paulina: La justicia de Dios se ha manifestado por la fe en Jesucristo (cf. Rm 3,21-22).

Justicia: "dare cuique suum"

Me detengo, en primer lugar, en el significado de la palabra "justicia", que en el lenguaje común implica "dar a cada uno lo suyo" - "*dare cuique suum*", según la famosa expresión de Ulpiano, un jurista romano del siglo III. Sin embargo, esta clásica definición no aclara en realidad en qué consiste "lo suyo" que hay que asegurar a cada uno. Aquello de lo que el hombre tiene más necesidad no se le puede garantizar por ley. Para gozar de una existencia en plenitud, necesita algo más íntimo que se le puede conceder sólo gratuitamente: podríamos decir que el hombre vive del amor que sólo Dios, que lo ha creado a su imagen y semejanza, puede comunicarle. Los bienes materiales ciertamente son útiles y necesarios (es más, Jesús mismo se preocupó de curar a los enfermos, de dar de comer a la multitud que lo seguía y sin duda condena la indiferencia que también hoy provoca la muerte de centenares de millones de seres humanos por falta de alimentos, de agua y de medicinas), pero la justicia "distributiva" no proporciona al ser humano todo "lo suyo" que le corresponde. Este, además del pan y más que el pan, necesita a Dios. Observa san Agustín: si "la justicia es la virtud que distribuye a cada uno lo suyo... no es justicia humana la que aparta al hombre del verdadero Dios" (*De Civitate Dei*, XIX, 21).

¿De dónde viene la injusticia?

El evangelista Marcos refiere las siguientes palabras de Jesús, que se sitúan en el debate de aquel tiempo sobre lo que es puro y lo que es impuro: "Nada hay fuera del hombre que, entrando en él, pueda contaminarle; sino lo que sale del hombre,

eso es lo que contamina al hombre... Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas" (*Mc* 7,15. 20-21). Más allá de la cuestión inmediata relativa a los alimentos, podemos ver en la reacción de los fariseos una tentación permanente del hombre: la de identificar el origen del mal en una causa exterior. Muchas de las ideologías modernas tienen, si nos fijamos bien, este presupuesto: dado que la injusticia viene "de fuera", para que reine la justicia es suficiente con eliminar las causas exteriores que impiden su puesta en práctica. Esta manera de pensar advierte Jesús es ingenua y miope. La injusticia, fruto del mal, no tiene raíces exclusivamente externas; tiene su origen en el corazón humano, donde se encuentra el germen de una misteriosa convivencia con el mal. Lo reconoce amargamente el salmista: "Mira, en la culpa nació, pecador me concibió mi madre" (*Sal* 51,7). Sí, el hombre es frágil a causa de un impulso profundo, que lo mortifica en la capacidad de entrar en comunión con el prójimo. Abierto por naturaleza al libre flujo del compartir, siente dentro de sí una extraña fuerza de gravedad que lo lleva a replegarse en sí mismo, a imponerse por encima de los demás y contra ellos: es el egoísmo, consecuencia de la culpa original. Adán y Eva, seducidos por la mentira de Satanás, aferrando el misterioso fruto en contra del mandamiento divino, sustituyeron la lógica del confiar en el Amor por la de la sospecha y la competición; la lógica del recibir, del esperar confiado los dones del Otro, por la lógica ansiosa del aferrar y del actuar por su cuenta (cf. *Gn* 3,1-6), experimentando como resultado un sentimiento de inquietud y de incertidumbre. ¿Cómo puede el hombre librarse de este impulso egoísta y abrirse al amor?

Justicia y Sedaqad

En el corazón de la sabiduría de Israel encontramos un vínculo profundo entre la fe en el Dios que "levanta del polvo al desvalido" (*Sal* 113,7) y la justicia para con el prójimo. Lo expresa bien la misma palabra que en hebreo indica la virtud de la justicia: *sedaqad*. En efecto, *sedaqad* significa, por una parte, aceptación plena de la voluntad del Dios de Israel; por otra, equidad con el prójimo (cf. *Ex* 20,12-17), en especial con el pobre, el forastero, el huérfano y la viuda (cf. *Dt* 10,18-19). Pero los dos significados están relacionados, porque dar al pobre, para el israelita, no es otra cosa que dar a Dios, que se ha apiadado de la miseria de su pueblo, lo que le debe. No es casualidad que el don de las tablas de la Ley a Moisés, en el monte Sinaí, suceda después del paso del Mar Rojo. Es decir, escuchar la Ley presupone la fe en el Dios que ha sido el primero en "escuchar el clamor" de su pueblo y "ha bajado para librarle de la mano de los egipcios" (cf. *Ex* 3,8). Dios está atento al grito del desdichado y como respuesta pide que se le escuche: pide justicia con el pobre (cf. *Si* 4,4-5.8-9), el forastero (cf. *Ex* 20,22), el esclavo (cf. *Dt* 15,12-18). Por lo tanto, para entrar en la justicia es necesario salir de esa ilusión

de autosuficiencia, del profundo estado de cerrazón, que es el origen de nuestra injusticia. En otras palabras, es necesario un "éxodo" más profundo que el que Dios obró con Moisés, una liberación del corazón, que la palabra de la Ley, por sí sola, no tiene el poder de realizar. ¿Existe, pues, esperanza de justicia para el hombre?

Cristo, justicia de Dios

El anuncio cristiano responde positivamente a la sed de justicia del hombre, como afirma el Apóstol Pablo en la *Carta a los Romanos*: "Ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado... por la fe en Jesucristo, para todos los que creen, pues no hay diferencia alguna; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia (*Rm 3,21-25*).

¿Cuál es, pues, la justicia de Cristo? Es, ante todo, la justicia que viene de la gracia, donde no es el hombre que repara, se cura a sí mismo y a los demás. El hecho de que la "propiciación" tenga lugar en la "sangre" de Jesús significa que no son los sacrificios del hombre los que le libran del peso de las culpas, sino el gesto del amor de Dios que se abre hasta el extremo, hasta aceptar en sí mismo la "maldición" que corresponde al hombre, a fin de transmitirle en cambio la "bendición" que corresponde a Dios (cf. *Ga 3,13-14*). Pero esto suscita en seguida una objeción: ¿qué justicia existe dónde el justo muere en lugar del culpable y el culpable recibe en cambio la bendición que corresponde al justo? Cada uno no recibe de este modo lo contrario de "lo suyo"? En realidad, aquí se manifiesta la justicia divina, profundamente distinta de la humana. Dios ha pagado por nosotros en su Hijo el precio del rescate, un precio verdaderamente exorbitante. Frente a la justicia de la Cruz, el hombre se puede rebelar, porque pone de manifiesto que el hombre no es un ser autárquico, sino que necesita de Otro para ser plenamente él mismo. Convertirse a Cristo, creer en el Evangelio, significa precisamente esto: salir de la ilusión de la autosuficiencia para descubrir y aceptar la propia indigencia, indigencia de los demás y de Dios, exigencia de su perdón y de su amistad.

Se entiende, entonces, como la fe no es un hecho natural, cómodo, obvio: hace falta humildad para aceptar tener necesidad de Otro que me libere de lo "mío", para darme gratuitamente lo "suyo". Esto sucede especialmente en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Gracias a la acción de Cristo, nosotros podemos entrar en la justicia "más grande", que es la del amor (cf. *Rm 13,8-10*), la justicia de quien en cualquier caso se siente siempre más deudor que acreedor, porque ha recibido más de lo que podía esperar.

Precisamente por la fuerza de esta experiencia, el cristiano se ve impulsado a contribuir a la formación de sociedades justas, donde todos reciban lo necesario para vivir según su propia dignidad de hombres y donde la justicia sea vivificada por el amor.

Queridos hermanos y hermanas, la Cuaresma culmina en el Triduo Pascual, en el que este año volveremos a celebrar la justicia divina, que es plenitud de caridad, de don y de salvación. Que este tiempo penitencial sea para todos los cristianos un tiempo de auténtica conversión y de intenso conocimiento del misterio de Cristo, que vino para cumplir toda justicia. Con estos sentimientos, os imparto a todos de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, 30 de octubre de 2009

LAS ARMAS DE LA CUARESMA: ORACIÓN, AYUNO Y LIMOSNA

Ayuno, oración y caridad...

¿Cómo enseñarles a los pequeños del hogar?

El Evangelio del Miércoles de Ceniza (Mateo 6: 1-6; 16-18) nos relata como el Señor Jesús les enseña a sus discípulos a hacer penitencia. Jesús precisó tres áreas básicas para la práctica de la penitencia en la vida de todo cristiano: ayuno, oración y caridad. ¿Como aplicar estos principios a los más pequeños del hogar? ¿Cómo podemos enseñarles hacer penitencia por amor al Señor Jesús? Aquí algunos consejos para introducir a nuestros hijos en la práctica de la penitencia aprovechando estas dos últimas semanas previas a la Semana Santa.

Ayuno

El prolífico escritor inglés C.S Lewis hizo una interesante observación acerca de la gula (glotonería) en su magistral obra "Cartas del Diablo a su Sobrino". Lewis enfatizó que sobre la gula es importante tener en cuenta ser conscientes sobre que, cuando y donde se come.

Para nuestros hijos, esto perfectamente se puede trasladar a la renuncia de comer cualquier cosa que no sea pizza o las donas, o en casos menos extremos, a un fuerte desprendimiento por los vegetales.

Sin embargo, el truco esta en alentar a los chicos a que ellos puedan vencer esas aversiones por ciertos platos de comida, en vez de inducirlos a rechazar dulces o chocolates. Es necesario que nos aseguremos de que ellos entienden el porque de este cambio, el cual debe salir desde el corazón y no hacerlo de mala gana. Si la acción se ha hecho bien, entonces será una verdadera penitencia la cual tendrá muchos beneficios duraderos. Asegúrese de que ellos entiendan que no es necesario que les guste la comida; sólo que tengan la voluntad para eliminar por un momento su engreimiento y puedan comer ese plato de comida.

Debido a nuestra caída naturaleza humana, siempre podemos controlar nuestros gustos y disgustos, y Dios no está esperando una super-humana habilidad por parte de nosotros; Él espera, por el contrario, que nosotros seamos obedientes al Plan que tiene trazado para nosotros, lo cual siempre implica algunos sacrificios.

Caridad

Todos los cristianos conocen que se debe compartir el dinero con los pobres. Pero los niños no ganan dinero. Nosotros debemos darles algunas monedas para que las coloquen en la alcancía del templo. ¿Pero esto verdaderamente los ayuda a entender el concepto de caridad, o simplemente lo toman como un juego?

Durante la Cuaresma, la mayoría de católicos participa en distintas campañas de solidaridad con los más pobres y necesitados de su comunidad, país y del mundo. Se les pide hacer pequeños ofrecimientos en nombre de la pobreza y hambruna que azota al mundo.

Este año, en lugar de darles dinero a sus hijos para que lo pongan en su alcancía, enséñeles a ganarse ese dinero. Pon una lista en el refrigerador de la casa con todas las tareas que ellos puedan hacer y por las cuales recibirían algunas monedas.

Por ejemplo, podrían ganarse una moneda por cada plato que laven; o dos si es que ellos lo hacen sin que se les pida primero. Tres si ayudan a cortar el césped o sacar la basura y recoger el correo.

Al final, el niño deberá ser alentado a que comparta el dinero ganado con aquellos que son menos afortunados que él.

Oración

Muchos santos, desde temprana edad, fueron enseñados por sus padres a orar. Estas oraciones fueron muy sencillas -algunas veces ellos mismas la hacían- como Ángel de la Guarda o el Ave María. Pero la fe y la atención con la que fueron dichas hace una tremenda diferencia en los niños.

Como padres, debemos alentar a que el niño desarrolle una vida de oración a través del ejemplo. Dejemos que ellos nos vean orando y con claros signos piedad. No asumamos que, por observarnos en actitud de cabizbajos en el banco de la Iglesia entienda el mensaje de que nosotros verdaderamente amamos al Señor. El niño es una persona concreta, y por lo tanto, nuestras acciones externas lo deberán ayudar a entender nuestra disposición interior (la cual ellos no la pueden ver).

Junto a la oración dicha, los santos alcanzaba una relación muy íntima a través de la oración mental. La meditación católica es basada en una figura mental. Por ejemplo, alguien que esté meditando en la crucifixión, forma una figura mental de ese evento, y luego, haciendo un lado todo tipo de distracción en la mente, se concentra en esa imaginación.

Esto es demasiado para un chico de 8 años. Un niño, a menudo, no puede hacer un dibujo mental. Y es aquí donde los padres entran en escena. Pasa algún tiempo con tu hijo, quizás unos 15 minutos la tarde del domingo, y escoge un misterio del Rosario. Toma al niño en tus brazos y descríbele la escena de la vida de Cristo. Luego pregúntale lo que él piensa acerca de poner ese imagen en su mente. Intenta y guíalo hacia un diálogo con Cristo en vez de que sea sólo contigo. Tu deberás decirle: "¿Que le dirías al Niños Jesús y a la Virgen María si los vieras en Belén?" Si puedes ayudar a tu hijo a cultivar el hábito de la conversación interior, entonces lo habrás empujado hacia el camino de la santidad.

TIEMPO DE CUARESMA

La Cuaresma es el gran tiempo de preparación a la Pascua. La Iglesia nos invita a aprovechar este "tiempo favorable" y a prepararnos para la celebración del Misterio Pascual de Jesucristo. Por eso, la Cuaresma puede corresponder a un "retiro espiritual" vivido por toda la Iglesia, porque es un itinerario penitencial, bautismal y pascual.

"Si la Noche de Pascua es un punto de llegada, los cuarenta días que la preceden constituyen, tanto para quienes se preparan al Bautismo, como para la comunidad de bautizados, una subida hacia la Pascua".

Desde el miércoles de ceniza, se nos ofrece una serie de medios: la limosna, la oración, el ayuno, la escucha de la Palabra de Dios, el sacramento de la Reconciliación y la conversión. La Cuaresma es también el tiempo propicio para la oración personal y comunitaria, alimentada por la Palabra de Dios y propuesta cotidianamente en la liturgia.

*La Cuaresma es tiempo de **penitencia**; por eso mismo ofrece una invitación constante a convertirnos al Señor con todo el corazón y con toda el alma. El camino de conversión culminará con la celebración del sacramento de la Reconciliación, como mejor modo de prepararse a las fiestas de Pascua.*

*Es también tiempo **catecumenal**, de preparación tanto para los catecúmenos que recibirán los sacramentos de la Iniciación cristiana en la vigilia Pascual, como para todos los cristianos, que renovarán esa noche las promesas de su Bautismo.*

*La Cuaresma es tiempo de **retorno al Señor** para llegar a vivir la vida nueva del reino, que ha inaugurado nuestro Señor Jesucristo.*

*Tiempo de **servicio a los hermanos** más débiles, de solidaridad para compartir*

nuestros bienes con los más necesitados.

Toda la iniciación cristiana comporta un **carácter pascual**, por ser la primera participación sacramental en la muerte y resurrección de Cristo. La Vigilia pascual es el momento adecuado para celebrar los sacramentos de la Iniciación.

Durante la Cuaresma hay que organizar la catequesis para aquellos adultos que, bautizados siendo niños, no la hayan recibido, o para aquellos que tampoco hayan recibido aún la Confirmación y la Primera Eucaristía. Al mismo tiempo, establézcanse celebraciones penitenciales que los preparen a recibir el sacramento de la Reconciliación.

El tiempo de Cuaresma es también tiempo apropiado para llevar a cabo los ritos penitenciales, a modo de escrutinios, para aquellos niños no bautizados que han llegado a una edad adecuada para la catequesis, y también para los ya bautizados, antes de que se acerquen por primera vez al sacramento de la Reconciliación.

— Los domingos de Cuaresma tienen precedencia sobre todas las fiestas del Señor y sobre todas las solemnidades. Las solemnidades que coincidan en estos domingos han de trasladarse al lunes siguiente a no ser que la coincidencia tenga lugar el Domingo de Ramos (*NUAL 5*).

— Todas las ferias de Cuaresma tienen preferencia sobre las memorias obligatorias (*NUAL 16b*).

Si se presenta alguna grave necesidad o utilidad pastoral, puede celebrarse la Misa más conveniente por mandato o con permiso del Ordinario del lugar; y eso cualquier día, exceptuando las solemnidades, los domingos de Cuaresma, el miércoles de Ceniza y las ferias de Semana Santa (*NUAL 332*).

Las misas de las exequias o funeral no se pueden celebrar en los domingos de Cuaresma, las solemnidades de precepto, el Jueves santo y el Triduo pascual; y las misas de difuntos después de recibida la noticia de la muerte y de primer aniversario pueden celebrarse en las ferias que no sean miércoles de Ceniza o Semana santa.

El rito de la ceniza

CASIANO FLORISTÁN
profesor emérito de Teología Práctica
de la Universidad Pontificia de Salamanca

EL carnaval es un tiempo de regocijo y de inconformismo que surgió en la Edad Media para cristianizar los licenciosos "lupercales" romanos. Durante unos días, año tras año, se permitían toda clase de bromas, imitaciones y críticas, antes de comenzar la cuaresma mediante la imposición de la ceniza, uno de los ritos religiosos más arraigados en nuestro

pueblo. Durante los carnavales brillan las caretas y los disfraces, que ocultan gozosa y momentáneamente la dureza de la vida. Al recobrar el miércoles de ceniza los vestidos ordinarios, la cara descubierta y la frente alzada, se vuelve a mostrar lo que de verdad es el ser humano.

El claroscuro de la ceniza

La ceniza -que etimológicamente significa polvo- es residuo purificado de una combustión, lo que queda al extinguirse el fuego. Ampliamente usada en las religiones antiguas, se asocia a la culpa y a la caducidad, al luto y a la penitencia. Simboliza la amenaza constante que tiene el ser humano de retornar a la tierra. Para los griegos, egipcios, árabes y tribus primitivas, esparcir ceniza en la cabeza era un gesto de luto y de humildad. Los yoguis hindúes cubren su cuerpo de ceniza para expresar su renuncia al mundo. En las culturas antiguas, la ceniza es símbolo de muerte y de remordimiento.

Al mismo tiempo la ceniza es un "resto", es decir, algo que parece un final y en realidad es un comienzo, dados los rescoldos que la acompañan. Según la mitología primitiva, de la ceniza se alza el ave fénix a una nueva vida. Es señal de nacimiento y de resurrección.

En la tradición bíblica, la ceniza significa lo mismo que el polvo, a saber, pecado y fragilidad, ya que mancha, es perecedera y no tiene valor. Al mismo tiempo recuerda la pequeñez de la criatura frente a Dios. Se relaciona, de un lado, con el polvo; de otro, con el fuego y la llama. Es, pues, signo de aflicción, penitencia, calor y esperanza. Cenizas son asimismo los restos últimos del cuerpo humano incinerado que se guardan en una urna, se entierran en un cementerio o en un jardín junto a un árbol, se esparcen sobre las olas del mar o se lanzan a los cuatro vientos. En todo caso siempre se respetan o se honran. Son "restos mortales" sagrados.

"Dios formó al hombre del polvo de la tierra" -dice el Génesis mediante una parábola grandiosa-, y gracias al soplo divino se convirtió en un ser viviente. Hasta la reforma litúrgica del Vaticano II decía el sacerdote al penitente en la imposición de la ceniza: "Acuérdate de que eres polvo y en polvo te convertirás" (Gén 3, 19). Después del Concilio se privilegian la conversión y la renovación cuaresmal, con esta fórmula: "Conviértete y cree en el evangelio" (Mc 1, 15).

Recibida en la cabeza como duelo y penitencia es, pues, imagen de la fugacidad de la vida, reconocimiento público de la condición pecadora del ser humano y exhortación a la conversión. Los primitivos penitentes se ponían ceniza en sus cabezas para indicar públicamente que eran pecadores. La ceniza mancha, aunque es más liviana y menos pegajosa que el barro y el limo. Es símbolo de muerte e inicio de nueva vida. Dios saca vida de las cenizas y de la tierra.

Los cristianos introdujeron en sus ritos penitenciales el gesto de la ceniza. En los s. IV y V la recibían en sus cabezas los "penitentes públicos", aquellos que habían roto con la comunión eclesial por ser culpables de pecados graves, como el homicidio, la idolatría y el adulterio. Desde el s. VI, el rito de la ceniza del miércoles anterior al primer domingo de la cuaresma inaugura este tiempo de conversión. En el s. XI el papa Urbano II extendió su uso a todos los fieles del mundo.

La ceniza, que en principio es polvo o signo de lo transitorio, se convierte en comienzo de trascendencia. La cuaresma empieza para los cristianos con la ceniza de la conversión y acaba con la luz pascual renovadora. Este año celebramos el rito de la ceniza en un clima preocupante de preparativos militares, esperanzadoras movilizaciones y mensajes en favor de la paz, rechazo a la guerra, al terrorismo y a la violencia de género. Juan Pablo II ha pedido a los gobernantes que "hagan todos los esfuerzos por evitar nuevas desuniones

en el mundo", tarea que nos incumbe a todos. "Toda guerra -afirma el Papa- es siempre un desastre para la humanidad".

Condición terrena

El número cuarenta, del que procede la palabra cuaresma, significa en algunas religiones un periodo de retiro para favorecer la experiencia de Dios y la comunión con los hermanos. En la Biblia es retiro en el desierto como tiempo de prueba y de tentaciones, en el que los deseos oscuros de acaparar riquezas y poderes deben perecer, para dar lugar a una criatura renovada, transfigurada por la luz de la razón y la gloria de Dios. En las cuarentenas bíblicas hay una lucha entre hambre y saciedad, riquezas y generosidad, poder y servicio, cenizas y purificaciones, tinieblas y luz, guerra y paz, ídolos de muerte y Dios de vida. El creyente pone a prueba la llamada de Dios o su vocación de cara a un compromiso de renovación en la paz, solidaridad y justicia. Recuerda al mismo tiempo la condición terrena del hombre pecador, asediado por mil preocupaciones y tentaciones.

El carnaval y la ceniza reflejan respectivamente la exaltación de lo lúdico y la pesadumbre del sufrimiento, ingredientes que componen la vida popular, por no decir la vida a secas. Cuando se apagan los carnavales, empieza la cuaresma con el "miércoles de ceniza".

CUARESMA, MISTAGOGIA DE LA PASCUA

J. ALDAZABAL

LA PASCUA DE CRISTO SIGUE CRECIENDO MISTERIO-PASCUAL: El sentido de la Cuaresma cristiana se puede resumir así: la Cuaresma nos introduce en la celebración, cada año más intensa, del Misterio Pascual de Cristo.

Se habla mucho, desde hace algunos años, del Misterio Pascual. La expresión existía ya en la liturgia: "Jesucristo, tu Hijo, en favor nuestro instituyó por medio de su sangre el misterio pascual " (Viernes Santo, 1ª oración); "para celebrar dignamente el Misterio Pascual" (jueves 3º de Cuaresma).

Puede existir el peligro de que para algunos la frase se convierta en un slogan bonito, pero vacío de sentido y de vivencia.

"Misterio Pascual" viene a expresar lo mismo que "misterio de la Redención", pero de una manera:

- más concreta: porque centra la atención, no en un concepto, sino en el gran acontecimiento que constituye la muerte y la resurrección de Cristo;

- más completa: porque no considera sólo la muerte de Cristo, sino también su resurrección, ambas como única intervención salvadora del poder de Dios;

- más dinámica: porque hace resaltar el paso poderoso de la muerte a la vida en Cristo.

Para Cristo, el Misterio Pascual es su PASO triunfal de la muerte a la Vida. El misterio total de la Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión. Es el PASO=PASCUA, el gran suceso de la historia, el acontecimiento salvador por excelencia. Acto vital, dinámico, del Dios poderoso, que nos salva de la muerte por la Muerte de su Hijo, y nos introduce en la vida por la Vida nueva de Cristo.

Para nosotros, el Misterio Pascual es la participación en la muerte, resurrección y ascensión de Cristo. Se trata de que también nosotros PASEMOS, que nos incorporemos al tránsito pascual de Cristo. Cada año más profundamente. Este es el eje de toda la historia de la salvación: que lo que se ha cumplido en Cristo-Cabeza se cumpla en todos sus miembros. Cristo dio el gran Paso. Cumplió en Sí la Pascua. Ahora el Cristo total, la Iglesia, prolonga y perfecciona esta Pascua del Cristo físico a lo largo de la Historia, pasando continuamente de la muerte del pecado a la vida nueva y fructífera de la gracia, camino de la salvación total y definitiva: para que la nueva vida que nace de estos sacramentos pascuales sea, por tu gracia, prenda de vida eterna (Noche de Pascua).

-

UN TIEMPO FUERTE DE NOVENTA DIAS

Todo el Año Litúrgico tiene como finalidad esta asimilación del Misterio de Cristo. Pero con mayor intensidad la Cuaresma y la Pascua:

- la Cuaresma nos inicia en la Pascua, nos entrena en el paso de la muerte a la vida;**
- el Triduo Pascual (Viernes, Sábado y Domingo de Resurrección) culmina la celebración del Tránsito del Señor (de la muerte y del sepulcro a la Vida) y del nuestro (del pecado, por el Bautismo, a la gracia);**
- y el Tiempo Pascual prolonga la solemnidad a lo largo de cincuenta días -la "pentecostés"- que se celebran como uno solo.**

La Cuaresma no es, pues, fin en si misma, sino que culmina y se perfecciona en la Pascua. El proceso pascual decisivo para cada cristiano se realiza en tres tiempos: morir al pecado y al mundo; morir al egoísmo, que ya es estrenar nueva existencia; celebrar con Cristo el nacimiento a la nueva vida; y vivir con nueva energía y entusiasmo: como niños recién nacidos.

No se trata de "instruirnos" sobre la Pascua, sino de "iniciarnos" en su Misterio.

La atención y las fuerzas nos deben acompañar "in crescendo" a lo largo de los noventa días: los cuarenta de preparación y los cincuenta de celebración. Con la cumbre de la Noche Pascual, meta y fuente de nuestra reforma de resucitados con Cristo, y la plenitud del Espíritu en Pentecostés.

No vaya a ser que llegemos con esfuerzo, a lo largo de la Cuaresma, hasta la puerta, y no tengamos ya las fuerzas o la tensión necesaria para entrar en la Pascua y vivirla hasta su final. Noventa días de "tiempo fuerte". Primavera espiritual de la Iglesia y de cada cristiano, que se renueva en su vida de gracia, en su "historia de la salvación", en su incorporación al Cristo que muere y resucita.

Con la suficiente energía como para aprovechar el impulso durante el resto del año.

CRISTIANOS QUE SE CONVIERTEN

La incorporación creciente al misterio de la Pascua de Cristo la expresa la liturgia cuaresmal en una palabra: conversión. La palabra griega "metánoia" significa "cambio de mentalidad". La latina "conversio" viene a indicar lo mismo: "vuelta, cambio de dirección". Que es lo que se ha traducido en latín "paenitere, paenitentia", pero entendida en su sentido pleno de conversión total que es el que le viene dado en los textos cuaresmales:

- que nuestra mentalidad mundana, lejana al evangelio, se convierta en mentalidad cristiana;

- que nuestros caminos de pecado, nuestra vida carnal y materialista se dirijan ahora por los caminos de la gracia, una vida según el espíritu;
- que donde reinaba el egoísmo, cerrando las puertas a Dios y al prójimo, se inaugure una apertura de docilidad para con Dios y de amor práctico para con el prójimo:

Convertíos a mi de todo corazón,

convertíos al Señor Dios vuestro (miércoles de ceniza);

y Leví, dejándolo todo, se levantó y lo siguió

He venido a llamar a los pecadores para que se conviertan (sábado ceniza).

Un cambio, una nueva dirección en la vida. Empezando por la mentalidad, que es la raíz de toda conducta.

EL DEDO EN LA LLAGA

Una conversión auténtica hace "daño".

Porque nuestra Cuaresma y nuestra Pascua no debe dedicarse a jugar con las ideas. Ni contentarse con agua de rosas. Debe llegar al fondo. Este "convertirse", que es "morir con Cristo para resucitar con El", debe entrar con decisión hasta lo más profundo de nuestro ser. Y reformar. Cortar. Cambiar. Y nos dolerá. Como cuando el dentista nos toca el nervio enfermo. Si no le hacemos "daño" al hombre viejo en Cuaresma, es que no le hemos puesto el dedo en la llaga. A lo mejor nos hemos contentado con dar una limosna o abstenernos de unos caramelos o cigarrillos. Si no nos hemos abstenido del pecado y del egoísmo, no ha entrado la Cuaresma en la raíz de nuestra personalidad. Y tampoco entrará la Pascua.

Si entendemos la "penitencia cuaresmal" como un pequeño ayuno, que no nos cuesta gran cosa, y no nos transforma interiormente, poco habremos conseguido de la Cuaresma. Y mal podremos tocar las campanas de Pascua: rasgad los corazones, no las vestiduras, convertíos al Señor Dios vuestro (miércoles de ceniza). Es adentro donde tiene que bajar la conversión, y no quedarse en la superficie. Celebrar la Cuaresma es mirarse sin ningún miedo al espejo de Cristo. Encararse en sus exigencias. Comparar su programa y su ideología con la nuestra: ¿qué nos falta?, ¿qué nos sobra? Y emprender con decisión la reforma: Seréis santos porque yo, el Señor vuestro Dios, soy santo (lunes primera semana).

UN RITMO SIEMPRE MODERNO

Esta conversión se predicaba en un tiempo de modo especial para los catecúmenos, que en Cuaresma se preparaban a su bautismo, y para los penitentes públicos, que recorrían el camino de su reconciliación. Pero entonces y ahora se dirigía y se dirige con mayor fuerza a los ya bautizados. Porque aunque estamos ya incorporados a Cristo, nuestro hombre viejo nos crece cada año. Y de nuestro flamante vestido nuevo ("revestíos de Cristo") nos hemos ido despojando poco a poco por el camino. Por eso cada año somos convocados a un nuevo catecumenado y a una nueva reconciliación. Somos invitados insistentemente a un "paso", a una conversión siempre necesaria.

Hay un ritmo dialéctico en el rico formulario de la liturgia cuaresmal que puede ilustrar este "paso" del hombre viejo al nuevo:

- de la enfermedad a la salud: parálítico (4º martes), el hijo del centurión (lunes 4º);

- de la lucha y los peligros, al triunfo: historia de José (viernes 2º), de Susana (lunes 5º), de Jeremías (miércoles 2º y viernes 5º), persecución del justo (viernes 4º), de Ester (jueves 1º), Cristo tentado y transfigurado (domingos 1º y 2º);
- de la sed, al agua viva: el agua de Moisés al pueblo y de Cristo a la Samaritana (domingo 3º, A);
- de las tinieblas a la luz: el ciego de nacimiento (domingo 4º A);
- de la muerte a la vida: Lázaro (domingo 5º A);
- del pecado a la conversión: historia de Jonás y Nínive (miércoles 1º), el hijo pródigo (sábado 2º y domingo 4º C);
- del fermento viejo a la nueva levadura (domingo de Pascua);
- pero sobre todo con el gran ritmo, anunciado repetidas veces y cumplido gloriosamente, de la Muerte a la Resurrección de Cristo.

Es el "estilo" de Dios, el "ritmo pascual", de "paso", de tránsito dinámico y poderoso. Que se ha hecho esencia de la historia de la salvación y que nosotros asimilamos en nuestro proceso cuaresmal-pascual. Una pauta sustanciosa, ésta, para la catequesis y para la vivencia de la Cuaresma como ejercicio del Misterio Pascual. "De muerte a vida", es un ritmo fácil de entender para los jóvenes y los mayores. Todos tenemos algo que "matar" en nosotros: el orgullo, la pereza, la ira, el egoísmo. Todos tenemos algo que renovar. Hacernos "hombres nuevos", dejando al "hombre viejo".

CUARESMA CON CRISTO

No tenemos que perder de vista esta compañía: nosotros no hacemos una Cuaresma nuestra. No estamos solos en la subida a la Pascua.

Cristo, que una vez y para siempre subió a la muerte para merecer la vida, sigue con nosotros y en nosotros el mismo camino. Hoy, con una actualidad misteriosa pero realísima, se nos hace compañero de viaje, para realizar en nosotros su Cuaresma y su Pascua, la obediencia y el triunfo, la muerte y la vida. El, perseguido por sus adversarios, incomprendido por sus discípulos, lleno de miedo y repugnancia ante la muerte, derramando su vida en una muerte trágica, para resucitar glorioso a su nueva vida de Kyrios, de Señor, triunfador ya para siempre de la muerte. Nosotros, perseguidos por la tentación y el pecado, en choque abierto y doloroso con el mundo, la carne y el demonio, llenos de miedo ante la renuncia y el sacrificio, pero crucificados al mundo y a su mentalidad, cara a la resurrección a una vida más fuerte y vigorosa por los caminos de Dios, injertados en la vida pascual de Cristo. Tú quisiste que nuestro Salvador se hiciese hombre y muriese en la cruz, para mostrar al género humano el ejemplo de una vida sumisa a tu voluntad (Dom. de Ramos).

LA CUARESMA, SACRAMENTO

Todo lo demás tiene categoría de medio. Lo importante en Cuaresma es incorporarse a esa carrera del Cristo que muere y se levanta a una existencia nueva de resucitado. Lo importante es realizar con la ayuda de Dios en lo más hondo de nuestra persona esta "conversión", paso pascual de las sombras en que siempre andamos metidos, a la plena luz.

Los medios exteriores de la "observancia cuaresmal" son útiles, tienen importancia. Pero siempre como expresión de la postura interior, del empeño personal, y sobre todo, como expresión de la acción interior de Dios, que obra con nosotros la gran renovación pascual. En este sentido se llama la Cuaresma "sacramento": porque es signo exterior de una realidad interior de conversión y de gracia de Dios que nos renueva para la Pascua: "celebrado el misterio de esta Pascua, podremos pasar un día

a la Pascua que no acaba" (domingo 1º); "para que las penitencias exteriores transformen nuestro espíritu" (jueves 2º).

EL PAN DE LA PALABRA

¿Cuáles son estos medios que la Cuaresma nos ofrece?

Ante todo, y para subrayar que la iniciativa parte siempre de Dios, la Palabra divina.

La Iglesia se hace catecúmena. Nos sentamos de nuevo en la escuela de la Palabra, para aprender. Para entrar más a fondo en el conocimiento de los planes de Dios y su misterio de salvación. Para conocer mejor el dinamismo del Cristo que nos redime en un nuevo Exodo Pascual. Cuaresma, tiempo de meditación en la Escritura. Contemplación de la historia de la salvación: "el que medita la ley del Señor día y noche, da fruto a su debido tiempo" (miércoles de ceniza). La verdadera imagen de la Iglesia en Cuaresma no es solamente la de un pueblo que ayuna y llora, vestido de saco y cilicio, sino sobre todo la de una comunidad que se recoge en escucha orante de la Palabra de su Señor. Cada día tiene su formulario de lecturas propio. Tenemos que valorar estas lecturas, su proclamación, la trasmisión de su mensaje: así será mi palabra: no volverá a mi vacía (martes 1º).

Qué bien estaría que cada día hubiera una pequeña homilía, recalcando precisamente este progreso hacia la Pascua. En estas lecturas se encuentra una pedagogía estupenda que prepara gradualmente a la Pascua. No hace falta ir a buscar temas peregrinos para la catequesis o la meditación.

CUARENTA DIAS DE RODILLAS

La lectura de la Palabra de Dios nos lleva a una más intensa oración. La reforma que hay que cumplir en la Cuaresma no se puede realizar sin la ayuda de Dios. Es El el que purifica nuestro ser, el que nos renueva, el que convertirá nuestro viejo Adán en el nuevo Cristo. Y por eso nos postramos en oración: pedid y se os dará, buscad y encontraréis (jueves 1º). La Iglesia en oración. Sobre todo en Cuaresma. Para que no nos creamos que con el ayuno y los demás ejercicios ascéticos que podemos emprender en este tiempo, somos nosotros los que merecemos la nueva vida. La Iglesia, consciente de que la Pascua es obra de Dios, se pone en actitud de oración, pidiendo la salvación pascual para la comunidad entera y para cada uno de sus miembros. "Encarézcase la oración por los pecadores ", recomienda la Constitución de Liturgia (SC 109) en el tiempo de Cuaresma. En esta categoría entramos todos, necesitados de renovada conversión. Toda la comunidad se reconoce pecadora y se hace penitente, implorando de Dios el perdón y los dones de su gracia para la conversión. Oración personal y oración litúrgica, colectiva. En unión de toda la Iglesia. O de la comunidad a que pertenecemos.

EL PAN PARA EL CAMINO

La oración, sobre todo, de la Eucaristía, donde en torno al nuevo Cordero Pascual, Cristo, e identificados con El, dirigimos al Padre nuestro sacrificio de acción de gracias para nuestra salvación pascual y participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo. Aquí está el centro de nuestra jornada cuaresmal: "concédenos avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en plenitud" (dom.

1º). La Eucaristía como fuente de nuestra reforma y como motor de nuestra inserción en el misterio pascual. La Eucaristía acelera en nosotros el proceso de la resurrección a la vida de Cristo: "purifícanos por la acción de este sacrificio" (domingo 50). La Eucaristía concentra y actualiza la Entrega (el Paso) de Cristo al Padre en su sacrificio pascual. Participar en ella es participar de la Pascua del Señor.

UN AYUNO TREMENDAMENTE ACTUAL

Con la Palabra y la Oración, la Cuaresma estimula en nosotros un trabajo personal y colectivo de Ayuno. Un ayuno con dimensiones profundas y personales. No el ayuno reducido a la abstinencia de alimentos, medido por una casuística sobre el peso de sus onzas. Eso sería tergiversar el sentido de la "paenitentia", que debe ser una vuelta de toda la personalidad a Dios. El ayuno cuaresmal tiene un contexto mucho más radical que la simple abstinencia de alimento. Es el ayuno del hombre viejo. El ayuno del pecado. La renuncia a los propios caminos para abrazar los de Cristo. Este es el ayuno principal. La lucha contra el pecado en nosotros mismos. Si uno se priva de un plato de carne, pero no de su rencor y de su deseo de venganza, se ha quedado meramente en la superficie de su ayuno.

Si sacamos dinero de la cartera para dar una limosna, pero no sacamos del corazón el odio al hermano, o la soberbia, no hemos progresado gran cosa. En este contexto se entiende la observancia cuaresmal, en la cual ha tenido siempre un papel preponderante el ayuno. La renovación interior va así acompañada y favorecida por una austeridad exterior que en la práctica puede adoptar muchas modalidades. Son muchas las apetencias, no necesarias a nuestra salud, que podemos negarnos en la Cuaresma. La "muerte al pecado" se puede avivar pedagógicamente con esos sacrificios que a la vez dan una agilidad mayor para correr por los caminos del espíritu. El que no quiere renunciar a nada,

el que se concede a si mismo todo en la comida, en la diversión, en el placer, es señal de que no se ha puesto en clima de conversión pascual. El privarse de algo es signo de nuestra vuelta a lo esencial en la vida: Dios y sus caminos. Lo demás es todo relativo. El ayuno subraya esta relatividad de las criaturas, mientras rinde homenaje a Dios. Tal vez hoy día lo que más nos estorba a un sano recogimiento y a una agilidad espiritual no son tanto los alimentos, cuando las imágenes y la palabrería. Una discreta renuncia a espectáculos, a lecturas, a tantas cosas que nos ofrece la sociedad de consumo, pueden ser todavía más útiles que los sacrificios en la comida, en el tabaco o en los dulces. "Foméntese la práctica penitencial de acuerdo con las posibilidades de nuestro tiempo y de los diversos países y condiciones de los fieles" (SC 110). Se puede, pues, adaptar el "ayuno", pero valorando siempre más esta base radical de renuncia a lo que no es Cristo en nosotros para convertirnos a Dios.

CUARESMA DE CARIDAD

Una de las señales de la recta inteligencia del ayuno es que termine en la caridad. Ayunar, para dar al prójimo. "Lo que cada uno sustrae a sus placeres, lo dé a favor de los débiles y pobres" (S. León, en un sermón cuaresmal). "Lo que tomamos en estas cosas de menos, aproveche para alimentar a los necesitados"(Sacrament. Veronense 929). Este es el sentido de las campañas que en varias naciones y comunidades se llevan a cabo durante la Cuaresma para ayudar a países o instituciones pobres. El ayuno cuaresmal no es meramente negativo, sino que es renuncia a nuestras apetencias, para abrir las puertas a Dios (oración, lectura) y al prójimo-(caridad). Las dimensiones del más auténtico cristianismo:

partir tu dejar pan libres a con el los hambrientos, oprimidos,

hospedar a los pobres sin techo...
el ayuno que yo quiero es éste (viernes de ceniza);
misericordia quiero y no sacrificios (sábado 3°).

Una Cuaresma de caridad. Optima iniciativa en cualquier comunidad cristiana que marcha hacia la Pascua.

BAUTIZADOS EN LA MUERTE

El ambiente bautismal que desde los primeros siglos impregna la Cuaresma entra totalmente dentro del proceso de tránsito de la Iglesia y de cada cristiano a la vida pascual de Cristo:

- los catecúmenos dejan las costumbres viejas, pasan de la tiniebla del pecado a la Luz y la Vida de Cristo.

- los ya bautizados renuevan cada año su experiencia de catecúmenos y bautizados, profundizando así en la raíz misma de su existencia cristiana.

Los temas bautismales se desarrollan, sobre todo, a partir de la tercera semana. En la reforma del Leccionario han pasado al 3°, 4° y 5° domingos de Cuaresma los tres evangelios más típicamente bautismales: el de la samaritana (Cristo, Agua viva), el del ciego de nacimiento (Cristo, Luz) y el de Lázaro (Cristo, Vida), que antes se encontraban en las ferias de la tercera y cuarta semanas.

Otros textos que ilustran en este período la transformación bautismal son la curación del leproso Naamán (lunes 3°), las aguas que brotan del templo (martes 3°), etcétera.

Con razón se llama a estas semanas "retiro bautismal de la Iglesia". Retiro que culmina en la Noche Pascual, alrededor del Agua, con las lecturas y los ritos del bautismo.

Los nuevos textos de la bendición del agua, del bautizo y de la renovación de las promesas bautismales en la Vigilia Pascual, pueden muy bien ser aprovechados para la catequesis a lo largo de la Cuaresma. La fuerza pascual del Bautismo la descubrió sobre todo San Pablo, que entendió este sacramento como la mejor participación en el Misterio Pascual de Cristo: sumergidos en el agua para dar muerte al hombre viejo, y saliendo del agua resucitados a una nueva vida, en Cristo Jesús: Por el bautismo fuimos sepultados con El en la muerte, para que así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva (lectura de la Noche Pascual). Este es nuestro Bautismo y ésta nuestra Cuaresma: bautizados a la muerte, para resucitar con Cristo a nueva vida. Revalorizar estos textos y su catequesis es vital para la pastoral de la Cuaresma.

LA CONFESION PASCUAL

La Eucaristía, cada día. El Bautismo, la Noche Pascual. Un tercer Sacramento da el tono a la Cuaresma como preparación a la Pascua: el de la Penitencia, que viene a recoger y valorar los elementos "conversionales" de nuestra Cuaresma. En la lucha contra el pecado, en el juicio contra todo lo viejo y anticristiano que hay en nosotros, la Reconciliación nos orienta, nos da la fuerza, nos proporciona una ocasión magnífica para someter nuestra existencia de pecadores al juicio y a la misericordia de Dios, que es el que en definitiva nos tiene que transformar. El leccionario de Cuaresma nos recuerda insistentemente la Alianza entre Dios y su Pueblo, Alianza que nos compromete a cumplir sus mandamientos, a vivir conforme al Evangelio de Cristo. Este sacramento renueva la vida bautismal en nosotros y nos introduce en la Eucaristía, que es la renovación de la Alianza. Por tanto, nos inicia óptimamente en la Pascua. Nos ayuda a dar el paso definitivo. La

preparación cuidadosa de la confesión en este tiempo, ya desde su inicio, debe ser uno de los puntos de la catequesis cuaresmal. Y mucho mejor si se realiza comunitariamente. Con un tono eclesial que se va por fortuna redescubriendo en el sacramento de la Penitencia. No faltan subsidios y directivas para la realización de Celebraciones de la Palabra como expresión de la penitencia de una parroquia, de un colegio, de una familia. "Incúlquese a los fieles las consecuencias sociales del pecado... No se olvide la participación de la Iglesia en la acción penitencial (SC 109).

LA IGLESIA HACE EJERCICIOS

La dimensión comunitaria de la penitencia cuaresmal ha sido resaltada en el Concilio y seguramente está destinada a producir mucho fruto en la renovación postconciliar. La Iglesia entera se pone en camino a la resurrección y entra en el esfuerzo doloroso de la reforma y la conversión. La Iglesia entra en Ejercicios: los Ejercicios cuaresmales de la Pascua. Junto al Esposo, unida a El en su lucha y en su muerte lenta: camino de la salvación. Una comunidad que camina a la Pascua, que celebra la Cuaresma y trata de hacerla suya: todos unidos en el empeño común de renovación, todos unidos alrededor de la Palabra de Dios, en oración humilde y fervorosa, hermanados por los vínculos bautismales y alimentados por el mismo Pan eucarístico.

Una comunidad que lucha contra el mal, para asimilar siempre mejor la vida que nos trae Cristo.

CADA AÑO VUELVE LA PRIMAVERA

Nuestra inserción en Cristo es difícil. Y conoce ya una historia muy movida de conquistas y pérdidas.

Cada Cuaresma nos empeña en la misma tarea. Pero sin repetirse, porque es siempre distinta. Como son nuevos cada año los ecos del Aleluya Pascual. La lucha se va abriendo a nuevos campos. El hombre nuevo cristiano asimila nuevas formas vitales en nuestra personalidad. Y nos tenemos que ir haciendo más maduros en Cristo.

La ley de la vida cósmica, con el retorno de la primavera, se convierte en ley de la historia de la salvación, con el progresivo crecimiento y revitalización del Cuerpo Eclesial de Cristo, que desde el día de la Ascensión hasta el del retorno de Cristo, tiene un programa de maduración que se va haciendo historia en cada uno de sus miembros.

Y la Cuaresma, con la Pascua, es nuestra primavera en Cristo: mirad que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notáis? (dom. 5º C). Está bien que cada año emprendamos con ilusión nuestra incorporación más decidida a Cristo y a su vida pascual. Porque de Pascua en Pascua vamos caminando con confianza y seriedad hacia el Paso último, que nos debe introducir para siempre en Cristo. La vida habrá sido una gran Cuaresma para una gran Pascua. Un entrenamiento decisivo, una mistagogia de iniciación para la Pascua que nunca acabará:

cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con El, en gloria (2ª lectura del día de Pascua);

"de este modo, celebrando con sinceridad el misterio de esta Pascua, podremos pasar un día a la Pascua que no acaba" (pref. 1er. domingo de Cuar.).